



Superpegote: ¡Nace un superhéroe!

Andrés Guerrero

Ilustraciones de Martín Rodríguez



algar

La mudanza

—Podrías aprovechar la mudanza para tirar todos esos tebeos viejos.

—¡Ni loco, mamá! Son mis cómics de superhéroes.

—¡Ya! Por eso lo digo.

Mi madre siempre hace lo mismo. Aprovecha la menor oportunidad para intentar convencerme de que me deshaga de mis cómics de superhéroes.

¡Ni loco!

Son mis preferidos. Y lo son por una razón muy importante.

Bueno, por dos. Una, porque están llenos de superhéroes, y de supermalvados, que se pegan mamporros continuamente y al final, pase lo que pase, siempre ganan los buenos.

Y la otra... la otra es un secreto.

¡Sí!

Tengo un gran secreto.

Tan secreto que nadie más lo sabe.

¡Soy un superhéroe!

Un superhéroe de verdad.

Y mi nombre es... ¡SUPERPEGOTE!

¿A que mola?

¡Ya!

Lo sabía.

No me crees, ¿verdad?

Bueno, vale... ¿y si te lo cuento desde el principio?

Quizás consiga que me creas.

Todo empezó con la mudanza del verano pasado.

—Podrías aprovechar la mudanza para tirar todos esos tebeos viejos.

Aquello fue lo que dijo mi madre el día que nos mudamos de casa.

Por aquel entonces, yo todavía no era un superhéroe, pero aun así no le hice caso.

¿Cómo voy a deshacerme de mis tebeos de superhéroes?

Al contrario, en la nueva casa tendría una habitación para mí solo, eso dijo mi padre, y, además de no tener que dormir más con mi hermano mayor, ni tener que soportar el olor de sus zapatillas, iba a haber sitio de sobra para mis tebeos.

Ni siquiera os he dicho quién soy yo.

Qué despiste.



Soy Lolo.

Mi verdadero nombre es Manolo, pero todos me llaman Lolo.

Bueno, todos menos mi hermano, que me llama Lolín.

No sabéis cuánto odio a mi hermano, pero ya os enteraréis, ya.

La casa nueva era impresionante. Una casa de dos o tres plantas. Con un trastero enorme y un garaje para meter el coche, aunque mi padre no tiene coche. El coche es de mi madre, y no deja que lo conduzca nadie; y mi padre menos aún.

No sabéis lo torpe que es mi padre, pero ya os enteraréis, ya.

La mudanza fue un caos. Durante unas semanas nadie, ninguno de nosotros, encontraba nada de nada.

Todos preguntábamos cosas parecidas:

—¿Alguien ha visto mis camisas?

—¿Dónde estarán las zapatillas de deporte?

—¿En qué caja se guardaron las cortinas azules?

—¿Y el hámster? ¿Lo habéis encontrado ya?

Y así a todas horas y durante muchos días.

Menos mal que yo mismo subí a mi habitación las cajas con mis tebeos; sin perder ni uno solo.

Bueno, los «cuadernillos de trabajo» del verano tardaron siete días en aparecer. «Alguien» los guardó en el maletero del coche de mamá, metidos en una bolsa de basura. Para haberlos tirado, vamos.

Cómo mola tener una habitación para mí solo.

Que yo recuerde, siempre he dormido en la misma habitación que mi hermano. Es que nuestra casa de antes era muy pequeña.

Era un tercero, un piso. Y solo tenía un baño y una miniterraza donde no cabíamos más de dos personas a la vez.

Y encima, a mi hermano le dio por tocar la guitarra —la guitarra eléctrica—, y la verdad es que lo hace fatal.

Pero esta casa es genial: tiene un patio inmenso, lleno de árboles, maleza y arbustos.

—Eso es cosa tuya —le dice mi madre a mi padre señalando hacia la selva.

Así llama mi padre al jardín. Y lo mira con cara de resignación, como si «la selva» fuera a suponer el final de su vida.

Puede que lo sea. Mi padre jamás ha tenido en sus manos una segadora o una podadora ni nada que se le parezca.

Si lo sacas de sus libros es un verdadero inútil.

Mi madre, sin embargo, es una *maquinista* de hacer cosas, y lo malo que tiene es que, por poco que lo intente, todo lo hace bien.

Es curioso, pero ni mi hermano ni yo nos parecemos a mi madre.

Al menos no en eso. En eso nos parecemos más a nuestro padre.

Lo primero que hice en mi habitación fue colocar mis tebeos en las estanterías y tumbarme en la cama mirándolo todo. «Todo» era una habitación para mí solo.

Sin zapatillas malolientes ni guitarras ensordecedoras ni el plasta de mi hermano revolviendo mis cosas.

Aquello era una maravilla.

¡Sí!

Desde mi ventana se veía la selva y el pozo.

No os he dicho que la selva tenía un pozo.

«Anegado», dijo mi padre. Y yo, como soy como soy, fui corriendo a buscar el significado de aquella palabra en el diccionario. Pero no lo encontré. El diccionario, digo. Todavía no había aparecido. Seguía perdido en los montones de cajas que faltaban por abrir.

El caso es que decidí investigar por mí mismo qué significaba *anegado* y me adentré en la selva.

No era necesario llevar un mapa, tampoco era para tanto, pero sí era cierto que todo estaba invadido por zarzas, enredaderas y viejos árboles.

Al ver todo aquello, pensaba en mi pobre padre.

No podía entender cómo se había atrevido a comprar aquella casa, aunque, pensándolo bien, quizás la casa la compró mi madre, y a mi padre, como a nosotros, no le quedó más remedio que mudarse.

Mi madre es quien manda en nuestra casa. En la de antes y en esta.

Y en esta, como es más grande... pues eso, manda mucho más.

Llegué hasta el pozo y me asomé dentro. No se veía nada. Todo era negro.

Ni siquiera se podía calcular su profundidad. Podían ser miles de kilómetros y que llegase hasta el centro de la Tierra.

«¡Mola! Así empiezan muchas aventuras de los superhéroes».

Eso fue lo que pensé y, sin más, porque lo había visto hacer en muchas pelis, cogí una piedra y la tiré dentro.

No me dio tiempo a poner la oreja para escuchar el ruido que haría al llegar al fondo. ¡Qué va!

Al momento se oyó.

Como ahí mismo.

Como si no hubiera fondo.

—¡Ya está! —grité—. *Anegado* quiere decir que no tiene fondo, ¿verdad?

Sí, algo así.

Así que, con un palo, tanteé en la oscuridad y enseguida



toqué algo que sonaba a madera y que, sin duda, era lo que cegaba la boca del pozo.

¿Una tapadera?

¡Quizás!

Iba a golpearlo con fuerza cuando unos ruidos extraños llamaron mi atención. Venían del otro lado de la valla cubierta de brezo que limitaba la selva. Allí terminaba nuestra casa.

Parecían suspiros, o jadeos... Era como si estuvieran asfixiando a alguien, o como si alguien se estuviera asfixiando.

—Mmmmmmmmmmmfffff...

—Ggggggggghhhhhh...

La valla era muy alta y yo soy algo bajito, y el entramado del brezo era tan denso que a través de él no podía ver nada.

—Mmmmmmmggggggghhhhhh...

Aquello sonaba cada vez peor.

Encontré un viejo bidón oxidado y lo arrastré haciéndolo rodar hasta la valla. Lo puse boca abajo y me subí a él con cierta agilidad, teniendo en consideración lo torpe que puedo llegar a ser.

Subido al bidón, apenas llegaba al borde de la valla, así que, agarrándome con fuerza, me impulsé hasta asomarme por encima.

Coincidiendo con un nuevo mmmmmmmfffff-gggggg y con la aparición de mi cabeza por encima de la valla, una enorme forma negra saltó hasta mis

narices, dio con sus morros babosos en los míos, me pegó un susto de muerte e hizo que perdiese el equilibrio.

Pero no me dio tiempo a caerme, no.

Y no porque fuese tan ágil como para dar una atlética voltereta y caer de pie con elegancia.

¡Qué va!

Es que se hundió el culo del bidón y caí dentro.

Con la misma elegancia con la que se cae un saco de patatas.

Ninguna.

Pero eso no fue lo peor.

Lo peor fue que me quedé atascado en el bidón y, con los esfuerzos por liberarme, este se inclinó hacia un lado y se cayó. Como la selva es cuesta arriba para un lado y cuesta abajo para el otro, yo, atrapado en el bidón, salí rodando.

Me detuve sin remedio, en la zona pantanosa, una antigua charca para patos que ya no tenía ni patos ni agua y con la que mis padres no sabían muy bien qué hacer.

Allí me quedé *empantanado*, sin poder moverme, sin hacer rodar el bidón y sin poder salir de él.

Si hubiera sido un superhéroe me habría liberado sin la menor dificultad.

¡Qué digo! Si entonces ya hubiera sido un superhéroe, no me habría encontrado en aquella situación, pero...

Para mi desgracia todavía no lo era, aún no.

Y tuve que gritar para que mi familia viniera a rescatarme, con la *buena suerte* de que quien llegó primero fue mi hermano.

—Espera un momento, Lolín, que voy a por el móvil para hacerte una foto.

Eso dijo, y eso hizo.

Mi hermano es tonto.

«Espera un momento», dijo, como si pudiera irme a algún sitio y, encima, me hizo la foto.

Sí.

Y la subió a Instagram.

Para que todos sus amigos se riesen de mí.

Es que es tonto.

No sabéis cuánto odio a mi hermano, pero ya os enteraréis, ya.

Cuando me sacó del pantano no me molesté en darle explicaciones de cómo había llegado hasta allí; tampoco esperó a que se lo explicara, enseguida subió la foto.



El misterio de los suspiros se había convertido en un doble misterio: alguien que se asfixiaba y una sombra negra que podía saltar muy alto.

Y llenarte de babas.

Cuando de nuevo llegué a la valla y pegué la oreja a ella, ya no se escuchaba nada.

Ni un suspiro. Ni un susurro.

«Ni un estertor agónico».

(Esto lo he leído en los tebeos).

Y como no encontré dónde subirme, regresé a casa cubierto del barro maloliente del *pantano*, herido en mi amor propio y profundamente decepcionado.

Pero no derrotado.

¡Nunca!

Aquella misma noche tracé un plan.

«Trazar un plan»... Lo había leído mil veces en los tebeos.

—Necesitamos trazar un plan.

Esa era la frase.

Así que, a solas en mi habitación (¡cómo mola tener una habitación para uno mismo!), me dispuse a trazar un plan con papel y lápiz.

Al final fue muy simple.

El plan, digo.

Se puede resumir en esto:

- Buscar algo parecido a una escalera.
- Llevar puesto el casco de la bici (por si me caigo).
- Llevar una mascarilla o un pañuelo para taparme la boca. (Por si «aquello» salta de nuevo y vuelve a llenarme de babas).
- Regresar a la mañana siguiente a la misma hora para ver si se producen los mismos ruidos.

¿Aquello era trazar un plan?

Pues ya estaba trazado.

Así que, al día siguiente y a la misma hora, pero esta vez bien preparado, regresé a la valla donde terminaba la selva.

Pero no se escuchaba ningún suspiro y nadie parecía asfixiarse.

Aun así, decidí asomarme.

Con cuidado, apoyé la vieja escalera de madera que había encontrado en el garaje, que, por cierto, estaba tan *anegado* de cosas que no cabía el coche.

Mi madre ya se lo había dicho a mi padre señalando el garaje:

—Eso es cosa tuya.

Allí estaba yo, aferrado a la escalera y dispuesto a subir. Con el casco de la bici bien puesto y una mascarilla de las que trae mi madre del hospital.

¿No os lo he dicho? Mi madre es enfermera, y solo trabaja por las noches.

Aunque no todas.

Así es que durante el día, o está durmiendo o está dándonos órdenes.

Mi madre es la que manda en casa.

La valla parecía sólida y la escalera se apoyaba firmemente, así que subí sin miedo. Sin prisa, pero sin correr.

Soy lentito, pero seguro.

Apenas pude ver nada.

De repente, la sombra saltó sobre mí.

Está vez sus babas se quedaron en la mascarilla y conseguí no caerme.

Así que, cuando logré abrir los ojos, que estos sí estaban llenos de baba, me encontré con un perro enorme, negro, que ladraba desde el otro lado de la valla.

Cuando dejaba de ladrar, saltaba tan alto que llegaba con sus fauces hasta donde yo estaba.

Cada vez que él saltaba, yo me escondía agachando la cabeza.

Así pude verlo.

Asomándome y escondiéndome.

Hasta que, cansado de tanto salto, se limitó a intentar impresionarme con sus ladridos amenazadores.

¡Menudo perrazo! Debía de ser un dóberman de esos, o dos.

Era tan grande que bien podrían ser dos perros juntos. O tres.



De repente escuché una voz que sonó ronca y autoritaria.

—*Ehi, Tiger! Come va? Chi c'è?*

Esta vez no estuve listo, y del sobresalto perdí un pie y me resbalé de la escalera.

Menos mal que no había barro ni bidones y que llevaba el casco.

Porque me caí de cabeza.

—*Tiger? Forza, ragazzo, torna qui. Ahí no vive nadie, ya lo sabes.*

Aquella voz consiguió que el perro dejara de ladrar.

«Ahí no vive nadie».

Eso dijo. Debía de referirse a nuestra casa.



¡Claro!

Antes no vivía nadie.

Me pudo la curiosidad y, pese al miedo de que el dóberman volador se comiera mi cabeza, trepé de nuevo a la escalera y, con cautela y casi sin respirar, me asomé al otro lado.

Pero ya no había nadie.

Allí comenzaba otra selva, parecida a la nuestra, solo que algo más cuidada.

Y al fondo, detrás de una barrera de árboles frondosos, una casa.

Otra casa.

¡Teníamos vecinos!

No tenía ni idea.

En nuestra *calle* no hay más puertas, ni casas. Al menos yo no las había visto.

Y es que nuestra *calle* ni siquiera es una calle; es un camino de tierra franqueado por árboles que se cruza con otros caminos, y si te pierdes en ellos nunca llegas a la carretera principal.

Tenía que encontrar la entrada de aquella casa.